



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

BAKALA KIMANI
Los caminos de mi destino
[fragmento]

Edición impresa

Bakala Kimani, *Los caminos de mi destino* (2015)

En

Bakala Kimani, *Los caminos de mi destino* (2015), pp.91-106.

Edición digital

Bakala Kimani, *Los caminos de mi destino* [fragmento] (2017)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Abril de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R)



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Los caminos de mi destino Bakala Kimani

Dicen que el destino es caprichoso. Pero aun así, siempre tiene algún sentido. Los caminos de mi destino estaban trazados. Sólo me quedaba seguirlos. Pero luchaba contra esa evidencia. Seguir los caminos trazados por no sé quién; caminar por los senderos trillados por otros. Yo quería inventar mis propios caminos. Abandonar a ser posible las rutas ya delimitadas para ir por los senderos oscuros, llenos de plantas y árboles o hacer el camino en los bosques. Sin embargo, parece que incluso aquellos senderos formaban ya parte de los caminos de mi destino.

Como si no fuera suficiente el haber sido testigo de la muerte de los que agonizaban en el hospital Mama Yemo, como si transformar mi corazón en el cementerio de desaparecidos sin tumba no fuera de por sí un gran sacrificio humano, el destino me empujó hacia un ancho y largo camino que creí haber inventado. Un largo camino en el que al fin y al cabo, volví a verme involucrado en mi papel de siempre: ser testigo de muertos desconocidos.

Tras sufrir los conflictos armados en Brazzaville; tras llorar sin cesar a mi amigo Gimmitri y mi hermano Débahoui; y después de muchos años de luto, tomé la difícil decisión de dar otro sentido a mi vida. Mi vida. Una vida hecha de lágrimas y gritos, de sufrimientos y de muerte. Muerto de angustia, muerto de dolor. Una vida cuya respiración dependía de sus muertes. Muertos que se niegan a morir. Muertos desconocidos que eligieron mi corazón como cementerio a la espera de su reencarnación, el purgatorio de sus pecados y la sala de espera de su resurrección. Muertos que no me concedían ni tiempo de descanso. Me marcaron de una impronta para que vaya donde vaya, los candidatos a la muerte me reconozcan como su testigo privilegiado, auricular u ocular, de su desaparición de la tierra en el anonimato total.

Lo viví en mi propia carne durante mi huida hacia mi nueva vida. Mi nuevo destino. El que creí haber inventado para huir de mi destino. Me encontré reviviendo aquello que había vivido antes a pesar de la gran distancia que me separaba de mi Congo natal.

Hacia falta deshacerme de todas esas tumbas que enlutaban mi vida. Y para ello, fui a ver a Tâ Milandou el cartomántico. Era un jueves por la mañana. Llovía mucho en Brazzaville. Llovía sobre mí como si hubiera estado llorando. Tenía todo el cuerpo mojado. Hubiera sido mejor quedarme en casa, tumbado en la cama, escondido bajo las mantas que nunca cambiaba. Pero era el cuarto jueves del mes de abril, día previsto para consultar a Tâ Milandou el cartomántico.

Como solía hacer, me recibió en su capillita llena de cosas místicas: imágenes de santos y nunca de una santa; ángeles y arcángeles vestidos de blanco, ninguno vestido de negro. Cartas de tarot que, al parecer, venían de Marsella. Rosarios que venían de Fátima. Velas de color rojo y blanco. Inciensos. Y en el medio una bola de cristal. En el centro de la capillita, el mismísimo Tâ Milandou,

sentado como un monje budista, silencioso, meditativo. Su barba que no cortaba le hacía pasar por un gran maestro iniciado. Me invitó a sentarme.

Tras un largo tiempo de silencio, me miró. Luego se puso a tirar sus cartas de tarot que provenían de Marsella, ciudad donde nunca estuvo, física ni místicamente. Ciudad que acogió, tres siglos antes, a sus antepasados esclavizados. Barajó las cartas y las extendió en la mesa y una vez más, me miró a los ojos. Al parecer, las cartas le habían revelado todo sobre mí. Eso creía él. Lo creía como lo iba a creer yo también. Creer que un montón de cartones, cuadrados, con figuras de reyes y reinas desconocidos y dibujos de corazones ensangrentados podían predecir el futuro de los seres humanos. Unos cartones inventados por el ser humano, decorados con alegorías fruto de un cerebro humano. Un cerebro que vivió en quién sabe qué siglo, que no supo nada de internet ni de la televisión digital. Él creía que aquellas cartas tenían un mensaje oculto para mí. Ahí dentro había algo de mi pasado, mi presente y mi futuro.

Entonces me comunicó lo que las cartas le habían dicho. Via lo lejos una carta apartada que parecía sintetizar el mensaje divino, completado por otras cartas de menor importancia. El dibujo que figuraba ahí no podía dejar a nadie indiferente. Se parecía a un muerto viviente. Era el Arcano sin nombre la Muerte. Más tarde, me di cuenta de que esa carta, sola, era más peligrosa que todas las cartas del tarot reunidas. Y su predicción no dejaba lugar a ninguna duda: oscuridad completa, destrucción total, peligro de muerte... Me quedé sin palabras. Tâ Milandou no dejó de mirarme. De repente me dijo: «Hay una solución, salir del Congo y marcharte lejos, a ser posible, cruzando un océano para despistar a este fatal destino».

Largarse. Desde el fin de las guerras civiles en Congo, largarse se convirtió en el sueño de toda la juventud. No importaba a dónde ir. Bastaba con salir del Congo, huir de los duelos cotidianos y alejarse de los cantos fúnebres que se escuchaban día tras día.

Sin embargo, la adivinación de Tâ Milandou el cartomántico me parecía problemática. Era incluso contradictoria de alguna manera. Si de verdad veía el futuro de la gente mediante el tarot, sus predicciones tenían que cumplirse a toda costa. Entonces, ¿de dónde sacó esa solución a las amenazas de muerte que me rodeaban, la de que me fuera del Congo? ¿Acaso quiso que sufriese yo también la suerte de Jonás, quien queriendo despistar al destino, se encontró en el vientre de una ballena?

Por experiencia, era consciente del hecho de que tanto los oráculos como las profecías acaban siempre cumpliéndose. Los profetas como los poetas acaban siempre teniendo razón. Entonces, para evitar enmohecarme en mi Congo natal, pudirme roído por los muertos desconocidos que vivían en mí, creí sin pensarlo en el mensaje de las cartas y tomé la decisión de largarme.

Tâ Milandou el cartomántico me ordenó que atravesara el océano. Frente a mí tenía un río que separa las dos capitales más cercanas del mundo: Brazzaville y Kinshasa. Cruzar ese río era tan fácil que en menos de media hora, podía encontrarme fuera de peligro de muerte. Pero marcharse de Brazzaville para refugiarse en Kinshasa, es como irse del paraíso para refugiarse en el infierno.

Mirando a mi alrededor, me fijé en algunos países limítrofes del Congo. Podía por ejemplo, irme a Gabón, Camerún, Chad, Centroáfrica y Nigeria. Pero hacerlo era como si me hubiera mudado de un barrio a otro dentro del mismo infierno. Entonces, como muchos jóvenes de mi generación, decidí despistar mi destino para aventurarme hacia Europa.

¡Europa! El paraíso terrestre. La tierra dónde Willy y Pedro fueron acogidos con los pies abiertos. Europa, continente del progreso donde la vida venció a la muerte, donde se ríen sin llorar y donde es de día las veinticuatro horas. Tenía que irme a Europa... Pero ¿cómo llegar ahí? Tâ Milandou el cartomántico no me dijo nada al respecto. No me explicó lo que tenía que hacer para conseguir el visado. Lo único que me dijo es que tenía que cruzar un océano para dar vida nueva a mi vida invadida por los muertos desconocidos. Necesitaba un visado para llegar hasta Europa. Un visado que nunca está al alcance de todos los congoleños.

¡Mi destino! ¡Mi vida! Una vida sin respiro. Una vida vivida sin un instante de descanso. Como si el destino fuera un conjunto de caminos cruzados e interconectados. Caminos sin salida. Caminos sin final. Caminos que se turnan unos a otros, pasando por la muerte. Así la muerte aparece como un monstruo con varias cabezas. Puede atacar en lo físico, manteniendo vivo lo espiritual; pero también puede chuparte espiritualmente sin que dejes de vivir físicamente. Pero para conseguir un visado en una embajada occidental en Congo y en otros países de África, uno tiene que estar vivo, física y espiritualmente.

Son muchas las historias de solicitantes de visado en las embajadas europeas en los países africanos. Por muy contradictorias y poco creíbles que sean algunas, coinciden todas en un punto: conseguir el visado Schengen es una batalla de vida y muerte. En Congo y en varios países africanos, hay quienes pasan noches en blanco en los cementerios antes y durante sus trámites de petición de visa. Otros, menos supersticiosos y más creyentes, se ponen a rezar día y noche, invocando espíritus de agua para que les ayuden a conseguir el visado. No hablaría de los que se arrodillan, con velas encendidas, bajo el humo de los inciensos, ante las estatuas de la Madonna y de su hijo que manifiestamente no les escuchan.

Los que en realidad consiguen el visado Schengen en nuestros países africanos saben muy bien que ni los antepasados, ni los dioses y menos aún los espíritus místicos de las aguas y del bosque, ni siquiera las tumbas son capaces de doblar los corazones de diplomáticos occidentales en África. El único lenguaje que los embajadores europeos en África entienden es el del dinero. Es un lenguaje milenario. Un lenguaje simple y directo enseñado en todas las escuelas diplomáticas de Europa. Un lenguaje que no requiere descodificador. El dinero. Los embajadores europeos en África se burlan de los formularios de petición de visa y todo el papeleo que uno tiene que entregar para conseguir el visado. Sólo necesitan dinero. Aunque tengan ya de por sí unos sueldos altísimos, éstos acaban siendo insuficientes para mantener su tren de vida.

Por eso, en varios países africanos, los embajadores pusieron en marcha una estrategia muy eficiente que les permite escapar al control de sus ministerios en Occidente: externalizar oficiosamente

sus servicios a través de un colaborador local. Suele ser una persona del país donde vive el embajador. Es la típica persona que no trabaja en la embajada, pero que mantiene estrechas relaciones con el embajador en privado y en público. Tiene total libertad para ir y volver por los pasillos de la embajada. No forma parte del personal de la embajada, pero incluso el personal de la embajada le tiene el miedo y el respeto que sólo se debe a un superior jerárquico. Esa persona es la llave para conseguir el visado en las embajadas europeas en África. Ya no es suficiente entregar la petición de visado cumpliendo con todos los requisitos y esperar. Así esperarás toda la eternidad, como nuestros amigos los cristianos esperan el regreso de su Mesías.

Cuando de verdad uno necesita de un visado en una embajada europea en África, lo primero que tiene que hacer es identificar al socio local del Sr. Embajador de turno. Se encargará de darte todas las instrucciones, percibirá dinero sin factura y te indicará el día y la hora ideal para la entrega de tu solicitud de visado a la embajada. Te dirá de antemano la fecha precisa de la disponibilidad de tu visado y acertará. Todo eso lo hará fuera de la embajada, en un bar o restaurante.

Como todos, me puse a buscar a los socios locales de varias embajadas dispuestos a facilitarme el visado para escapar de mi destino. Pude identificar tres de ellos: en las embajadas de Italia, Francia y Alemania. Desgraciadamente no podía pagar los 1500 euros de comisiones que me pedían casi todos. Estaba desesperado y temía que el destino me tragara por completo hasta condenarme al olvido eterno. Estaba angustiado.

Desde entonces, tomé la decisión de buscar vías alternativas para ir a Europa. Los socios locales de los embajadores se negaron a rebajarme el precio de sus comisiones. No tenía elección ya que todos los socios locales de los embajadores occidentales en mi país manejaban más o menos la misma tarifa. Es cierto que podía haber buscado a los socios locales de los embajadores de los países de Europa del Este o de América Latina. Pero mi idea de Europa se limitaba a un número reducido de países que son Alemania, Francia, Italia, Bélgica e Inglaterra. ¿Acaso era para vengarme de la colonización?

En todas partes donde iba salía el nombre de Marruecos como país de tránsito para llegar a Europa pasando por España. Todos los que no podían permitirse el lujo de comprar un visado Schengen a los socios locales de los embajadores occidentales en África, consideraban Marruecos como el destino por excelencia. Los trámites para ir ahí no eran tan caros, y el coste del visado aceptable. De hecho, en mi caso concreto, no necesitaba visado para ir a Marruecos. Sólo mi pasaporte. Entonces, sin pensarlo dos veces, cogí mi maleta rumbo a Tánger, pasando por Casablanca. Desde Tánger, se puede ver a lo lejos el cielo español. Había una colonia de mis paisanos que llevaba años viviendo allí. Al igual que yo, su objetivo era el mismo: huir de su destino para dar un nuevo sentido a su vida.

El piso que alquilábamos era bastante amplio comparado con los de mi país. Era un piso con tres habitaciones, con aseos y baños. Éramos un grupo de seis personas, dos personas por cada habitación. Algunos de mis paisanos sólo venían de noche a dormir en el sofá del salón, porque no

tenían con qué pagar la habitación. El piso era limpio, amueblado, ubicado en un cuarto sin ascensor, pero muy cerca del centro portuario de Tánger.

En mi barrio se veía a un montón de negros en las calles. Pobre de mí, hubiera jurado que todos eran extranjeros procedentes de África central o del Oeste. Pero no era así. No sabía que Marruecos también tenía sus negros. Eso me sorprendió bastante porque nunca en mi vida había visto a un negro marroquí. Ni en la televisión, ni en la prensa, ni en los libros. Pero allí en Tánger, me encontré con negros marroquíes de pura cepa. En medio de ellos, me enteré de una fábula acerca de algunas ramas del árbol genealógico del actual rey que eran, al parecer, todas negras.

Los que veníamos del África negra, estábamos divididos en dos grupos: el grupo de estudiantes y el de aventureros para Europa. Sin embargo, Ya Willy, mi compañero de piso, decía siempre que en realidad, sólo existía un solo grupo: el de los combatientes de ruta. Según él, los que iban a Marruecos para estudiar acababan convirtiéndose en aventureros de camino hacia Europa.

Pero vi a gente regresar a sus países de origen una vez acabada su formación universitaria. Los vi también, unos meses después de mi llegada, viajar de polizón en embarcaciones, o en coches, y encontrarse al otro lado de la frontera, en España.

A mí, Tâ Milandou el cartomántico me dijo que atravesara el océano. Los seis mil kilómetros que separaban mi Congo natal de Tánger eran suficientes para escapar de los horrores que oscurecían mis caminos. Pero era sin contar con el virus que inoculé, el de aventurarme hacia Europa a cualquier precio.

Ya estaba pues en Tánger, ciudad histórica y turística. La Mauritania de Calígula. Una ciudad muy dinámica donde comerciantes y espías de todas partes se mezclan. Era en esta ciudad donde nos habíamos instalado mis paisanos y yo. Pasábamos la mitad de nuestro tiempo jugando a las cartas, mirando la televisión o escuchando música. Estábamos a la espera del viaje. Un viaje para la vida. Pues la espera iba a ser larga, agotadora y desesperante. Era una espera eterna. No podíamos trabajar porque no teníamos papeles para ello. Y los que estaban en posesión de sus papeles, chocaban contra una pared invisible, pero muy real: el racismo.

Fue en Marruecos donde dejé de creer en todas mis lecciones de historia y de geografía. En la escuela aprendí que Marruecos era un país que pertenecía al continente africano. Sin embargo, en Marruecos, los marroquíes decían que no eran africanos. De hecho, por todas partes donde se encuentran, cuando ven pasar a los negros, les suelen gritar «africano». Otros más atrevidos no se cansan de gritarles «azzi». Cualquiera que sea el significado que reviste esta palabra, sacada sin duda de las lenguas locales o del árabe, no deja de ser insultante.

Encontrar trabajo en Marruecos, siendo negro, era mucho más difícil que en la Alemania de Hitler o en la Italia de Mussolini por no hablar de la España del caudillo Franco. Nuestra vida se parecía a la de los vegetativos. Había que matar el tiempo. ¿Cómo sobrevivir en estas condiciones? Nuestra inyección para la supervivencia provenía de nuestros amigos y familiares que vivían en Europa.

Estábamos a la espera de las diez cifras milagrosas que debían caer al final de cada mes. Cifras de Western Unión que nos permitían resistir en un país donde ser negro era *per se* un delito.

Me di realmente cuenta de ello cuando fui atacado a plena luz del día. Salía del mercado central y me dirigía hacia la casa, en el barrio de Boukhalef, cuando de repente tres jóvenes marroquíes se acercaron a mí con la intención de pegarme. Intenté defenderme como pude antes de echarme a correr. Pero ellos no quisieron dejarme escapar. Me persiguieron y uno de ellos logró herirme en el brazo. Cuando solté el teléfono que tenía en la mano, lo cogieron y se marcharon, sin dejar de insultarme: «negro de mierda, regresa a tu país». A pesar de mi llamada de socorro nadie vino en mi auxilio. Todo lo contrario, cada uno iba por su camino, algunos echaban una ojeada a la sangre que salía de mi brazo, otros desviaban su mirada como para no ver el dolor. Nunca me socorrerían. Después de más de treinta minutos tirado en el suelo, dos estudiantes negros me recogieron, sin energías y a punto de perder el conocimiento por la cantidad de sangre perdida, y me llevaron al hospital.

Desde entonces me volví muy desconfiado, pero también me decidí a dejar el país a toda costa. Para ello, tenía que «ir al frente» como se decía en nuestra jerga. Pero nadie se despierta de la noche a la mañana y decide ir al frente. Hace falta una preparación. Hay que comprar los pasaportes en el mercado negro e intentar la aventura. Hay quienes se cuelan debajo de los coches o camiones, con más o menos la posibilidad de lograrlo o ser atrapado en flagrante delito.

Tan miedoso soy que no me sentía capaz de arriesgar mi vida viajando bajo un camión. Además sabía que los europeos habían externalizado sus fronteras, creando en Tánger una especie de muro de Berlín africano donde se controlaba escrupulosamente a los viajeros. De hecho, Occidente dotó a Marruecos de escáneres sofisticados capaces de detectar el más mínimo calor humano debajo de un camión. Para ir al frente, optaba por la compra de un pasaporte falso. Y me puse en camino.

Como en Brazzaville, aquí también son las redes las que mandan. Allí eran los embajadores quienes vendían los visados a precios exorbitantes, aquí son las mafias en colaboración con policías marroquíes y españoles, las que organizaban travesías clandestinas en condiciones miserables, a pesar de las enormes cantidades de dinero que había que pagar.

Eran varios grupos mafiosos dirigidos por africanos. También existen grupos bajo mando marroquí para los marroquíes. Era bastante raro ver a un negro en sus piraguas. Los grupos mafiosos de los negros incluían pequeños traficantes. Todos delincuentes, unos traficando con drogas y otros realizando pequeños robos. Algunos de ellos habían sido expulsados de Europa, otros nunca habían pisado el umbral de Ceuta, Melilla o Lampedusa, pero ayudaban a los demás a entrar a Europa.

Los mafiosos bajo el mando del que me encontraba eran de los mejores en aquella época. Dirigía el grupo El-Hadji consu cómplice Alex y un tal Noko, seguramente de la República Democrática del Congo. Se decía de El-Hadji que tenía fetiches que le ayudaban a realizar milagros. Él solito había hecho entrar a más de quinientas personas en España. Todas sus embarcaciones llegaban a España sin problemas. Le pusieron como nombre de pila, El Molhah. Y los candidatos al viaje le admiraban

como si fuera Dios en persona. El-Hadji tenía derecho de vida y muerte en Nador. Era el esposo de todas las mujeres candidatas al viaje mediterráneo. Padre desconocido de varios hijos tanto en África como en Europa. Gracias a él, muchas mujeres entraron en Europa con su garantía de no devolución en el vientre. Un embarazo prominente. Para algunas era el precio del viaje que tuvieron que pagar a El-Hadji, pero para otras, era el resultado de una violación en una ciudad sin ley.

Sin embargo, El-Hadji no era mago como pensaban algunos. Era un confidente de la Inteligencia Española. Sus embarcaciones llegaban a puerto mientras las de sus competidores eran interceptadas por la Guardia Civil. Como ocurre con todos los que tienen éxito y dinero, existen muchas leyendas urbanas sobre El-Hadji. Se dice de él que vivió en España, luego retornó voluntariamente a Marruecos para dedicarse exclusivamente al negocio de viaje en cayucos. Pero otras malas lenguas dicen que el ghanés era en realidad un traficante de drogas que fue encarcelado en España antes de ser expulsado del país. También existen otras historias sobre el personaje. Una dice que fue expulsado de Holanda por estafa y falsificación. El-Hadji sería el que introdujo la mafia nigeriana en Holanda. Y por mafia nigeriana hay que entender una serie de delitos que van desde la venta de drogas hasta la falsificación de tarjetas pasando por el negocio de la prostitución. En todo caso, lo que le diferenciaba de sus competidores instalados en Oujda y Nador eran en realidad las conexiones.

Lo que se llama conexión son los contactos fiables dentro de la policía marroquí y de la Guardia Civil española. Una red bien organizada en la que policías corruptos y empresarios sinvergüenzas bebían del mismo vaso. Es por eso que atribuyen a El-Hadji las más espectaculares entradas masivas de candidatos a la inmigración por vía marítima.

Fui acogido por uno del grupo de El-Hadji que me instaló en lo que ellos llaman «foyer». Eran en realidad casas alquiladas por El-Hadji para instalar a sus candidatos. Éstos juntaban dinero para pagar el alquiler, pero tenían la comida por separado. Había varios grupos listos para viajar. Grupos de oraciones también. Grupos de debates. Para el viaje, cada recién llegado tenía que entregar una cuantía de dinero para la compra de la embarcación a motor. Luego cada uno era libre de comprarse o no un chaleco salvavidas.

Según el orden de llegada de cada uno, se organizaban las salidas de cada grupo.

Éramos cerca de ciento ochenta candidatos. Pero en nuestro «foyer» solo éramos veinte. Cada uno entregaba dinero a El-Hadji que a su vez pagaba comisiones a los agentes de la policía marroquí. Estos se encargaban de comprar las zodiacs y de informar sobre los días adecuados para la salida, para no llamar la atención de la policía. Para los agentes de la policía marroquí, el dinero que recibían de este tráfico superaba con creces sus sueldos.

Cuando llegó nuestro turno, un miembro del equipo de El-Hadji nos instruyó sobre lo que teníamos que hacer y cómo lo teníamos que hacer. Era una verdadera liturgia. Una vez que habían recibido el OK de la policía marroquí, El-Hadji informaba a sus agentes de la Guardia Civil española. Tres o cuatro días antes del viaje se liberaban los «foyers» de Nador para ir a los refugios. Se consideraba como refugios a las cuevas situadas en las colinas fuera de Nador. Los refugios de El-

Hadji estaban situados en el Monte Gurugú. Era ahí donde los agentes de policía marroquí dejaban las compras hechas para El-Hadji.

La víspera de nuestro viaje, después de más de cuarenta y ocho horas refugiados en las cuevas en condiciones indescriptibles, todos estábamos emocionados y angustiados. Éramos en total noventa candidatos a la inmigración. Las horas de espera parecían interminables y angustiantes. Y como no podía ser de otro modo, en cada uno de los grupos, siempre hay gente espabilada que se improvisa pastores. Entonces, nos poníamos a rezar sin hacer ruido. Rezábamos mucho. Rezábamos juntos cristianos y musulmanes. Rezábamos constantemente y en silencio. En nuestros ojos se podía ver una mezcla de esperanza y miedo.

El día de nuestra salida permanecerá grabado en mi memoria. Fue un viernes de madrugada. Digamos sobre launa de la mañana. Nos sacaron de nuestros refugios para acercarnos a las embarcaciones con los materiales. Teníamos que hacerlo en un silencio sepulcral. Caminábamos en fila india. Éramos muchos. Había tres zodiacs para noventa personas, o sea treinta personas en cada una. Curiosamente justo antes de nuestra salida, el guía nos dijo que había un problema. Un grupo de una red diferente a la nuestra, pero que tenía buena relación con El-Hadji, se iba a unir a nosotros porque su zodiac se había estropeado. Eran más de cuarenta candidatos a la inmigración. Les distribuyeron en nuestras embarcaciones y de repente ya no cabíamos en ellas. Era una situación incómoda, pero nadie podía protestar porque las decisiones de El-Hadji eran indiscutibles.

La aventura empezó con el ronroneo de los motores que marcaba el fin de una historia y el inicio de otra. Viajábamos tranquilamente cuando de repente, a unos 900 metros de la costa, el motor de una zodiac dejó de funcionar. Cundió el pánico. Veíamos cómo algunos de nuestros compañeros se lanzaban al agua para iniciar el camino de vuelta nadando. Les oíamos gritar y veíamos cómo algunos luchaban para llegar de nuevo a la orilla, mientras nosotros seguíamos nuestro camino hacia las playas españolas. Murieron todos. Nadie de aquella zodiac pudo sobrevivir. Dejamos detrás a nuestros compañeros de lucha que no volveríamos a ver jamás. Amigos que habían perdido su vida en el silencio completo. Amigos muertos sin certificado de defunción ya que ni El-Hadji ni nosotros nos atrevimos a informar a sus familiares que tampoco conocíamos.

Pero al igual que a ellos, el mar se había tragado a miles sin que nadie en África se rascara la cabeza. Hay varias familias de africanos que creen que sus hijos llegaron a Europa, mientras que los pobres descansan en el mar Mediterráneo. En completo silencio.

Fue un golpe de destino que no me tocara la suerte dramática de mis compañeros, ya que la zodiac que se estropeó pudo haber sido la nuestra. Pero sobreviví para poder cumplir con mi misión: la de resucitar a los muertos desconocidos. Mi misión de gritar a la cara de la humanidad mi indignación y mi furia. Mi misión de decir a los dirigentes africanos ¡basta de pasividad! ¿Cuántos más han de morir para que toméis cartas en el asunto? ¿No tenéis vergüenza de quedaros mudos ante la muerte dramática de vuestros paisanos abandonados a su suerte? ¿Hasta cuándo os quedaréis sin hacer nada?

Cinco años después de mi llegada a España, tras conseguirlos papeles, tomé la decisión de regresar a Nador para recorrer con más tranquilidad y distancia emocional los rincones y lugares de mi vida clandestina de combatiente. Gracias a amigos españoles que quisieron acompañarme, fuimos andando de Nador hasta las cuevas del Monte Gurugú, y luego de ahí hasta la playa desde donde salían las embarcaciones.

Estuve paseando cuando eché una mirada a la extensión del mar que tenía delante de mí y vi, como si de un sueño se tratara, a los compañeros que allí murieron. Volví a escuchar sus gritos. Sentí de nuevo su angustia como si fuera hoy y les imaginaba desapareciendo en el mar. Y de repente vi aparecer en el mar un enorme cementerio lleno de tumbas. Eran las tumbas de los africanos que descansaban allí, o que vivían atormentados por el silencio de sus hermanos. Eran muertos desconocidos que no fueron registrados en ninguna parte. Eran cadáveres que nadie quería, muertos desconocidos.

Ahí estaba yo, viendo todo eso pasar delante de mis ojos mientras mis amigos admiraban los paisajes y la belleza de las playas de Nador. Como en una visión a la luz del sol, emergió en medio del mar, justo en el centro del barrio de aquel cementerio marino que veía delante de mí, una gran estatua con la forma del mapa africano. La parte de abajo estaba totalmente sumergida en el agua mientras que en la parte de arriba aparecieron unas letras muy iluminadas donde se podía leer: «África no olvida. En memoria de los muertos desconocidos».